

## La producción del conocimiento en el Trabajo Social: revisión crítica de sus condiciones de posibilidad

Mario Heler

Quisiera que mi exposición fuera escuchada como una invitación a *pensar en condicional*. Invitarlos a pensar bajo las condiciones que voy a ir exponiendo, para ver si con tales antecedentes, *a partir* de esas condiciones o supuestos, podemos quizá *generar alguna diferencia* en la reflexión sobre la cuestión de *la producción de conocimiento en el Trabajo Social*. Partir de estas condiciones o supuestos propiciarían *alguna diferencia*, si nos permitiese pensar desde un punto de vista que abra nuevas posibilidades, nuevos recorridos, que nos saque de las encrucijadas donde nos repone el pensamiento usual y acostumbrado. Pretendo entonces que pensemos alejándonos de planteamientos y propuestas que no apuntan a hacer ninguna diferencia cuando se reflexiona sobre lo que se piensa y se hace en el Trabajo Social.

Intentemos ver entonces si reflexionando a partir de estas condiciones, podremos *hacer algo con nuestros pensamientos*,<sup>1</sup> algo que tal vez nos conduzca a transformar los conflictos que atraviesan la práctica profesional y desgarran su significatividad. Esos conflictos además se experimentan en el cuerpo como *sufrimiento*. Sufrimiento que calificaré de *innecesarios*, y que se encuentra reforzado por procesos sociales de *despolitización* y de *moralización*: de resignación al estado de cosas establecido y de apelación a la culpa individual.<sup>2</sup> Aunque ésta caracterización no corresponda con exclusividad al Trabajo Social, me circunscribiré a continuación en este campo profesional.

Propondré entonces reflexionar sobre la problemática de la producción del conocimiento en el Trabajo Social jugando un juego, un juego en el que se trata de ver qué pasa si partimos de las siguientes afirmaciones:

1. Todo *trabajo* produce humanidad (al producir saber, poder y subjetividad)
2. El Trabajo Social es un *trabajo profesional*, y siendo *trabajo inmaterial*, produce saber, poder y subjetividad de un modo específico.
3. No es que el Trabajo Social no produzca conocimiento (ni en cantidad ni en calidad), sino que el saber efectivamente producido *no acredita* como conocimiento

La primera condición remite a un horizonte *postmetafísico*,<sup>3</sup> que rompe con la filosofía del sujeto, de la conciencia, de la representación, y a favor de un pensamiento relacional y acorde con el reconocimiento

---

<sup>1</sup> Cf. Mi interpretación de la inseparabilidad del pensar y el hacer, de la teoría y la práctica: HELER, M., "La producción de conocimiento en el Trabajo Social y la conquista de autonomía", en *Escenarios. Revista Institucional*, Año 4, N° 8, septiembre 2004, La Plata, Escuela de Trabajo Social-UNLP.

<sup>2</sup> Podríamos relacionar tales sentimientos con algún aspecto del sentido que entiendo que Saúl Karzs daba en su conferencia al carácter *paliativo* de la intervenciones en el plano material

<sup>3</sup> En el sentido al que se refería Teresa Matus en su conferencia.

de la complejidad. La segunda y la tercera nos ubican ya en la problemática de la producción del conocimiento en el Trabajo Social.

Estas condiciones para pensar la producción del Trabajo Social surgen de una investigación en marcha desde hace dos años.<sup>4</sup> Son ideas con carácter de aproximación provisoria, en curso de investigación.

Comencemos entonces por preparar el tablero en el que jugaremos con nuestras tres afirmaciones:

“El Trabajo Social *trabaja con* ...”

“El Trabajo Social *trabaja para* ...”

Consideremos para la reflexión los puntos suspensivos de ambas frases. Se suele decir que el Trabajo Social *trabaja con*, por ejemplo, “la pobreza”, “la carencia”, sin embargo esta forma de expresarse oculta que su trabajo es con personas. Tampoco avanzamos mucho si decimos que trabaja con “sectores carenciados” o “vulnerables”. La referencia a *sectores* de la población al menos a la larga alude a individuos de carne y hueso que conforman los correspondientes sectores. Además, en realidad, se trata de sectores ya vulnerados; y si insistimos en la posibilidad de vulneración, deberíamos preguntarnos a quiénes alcanza tal posibilidad, es decir, a quiénes hace vulnerables la existencia de sectores vulnerados.

Por el otro lado, cuando se piensa en que el trabajo del Trabajo Social es *para...*, se acostumbra hacer referencia a un *algo*, a un para qué, que se inscribe en la idea del carácter instrumental de la intervención, y entonces ese algo para el que se trabaja se entiende en relaciones con fines, y con fines que se relacionan a su vez con decisiones ya tomadas de las políticas sociales o institucionales, y que implícitamente acuerdan con fines socialmente aceptados (que la estructura de la dominación sanciona y promueve). Y si bien se suele rápidamente invocar la necesaria reflexión sobre los *finés finales* más que sobre los fines relativos (los que sirven de medios para alcanzar fines “últimos”), me parece que igualmente se omite la pregunta por otro *para*: *para quién o quiénes* trabaja el Trabajo Social.

Esta problematización introductoria me parece útil para comenzar a reflexionar sobre el *trabajo* que realiza el Trabajo Social como profesión.

## **1. Todo *trabajo* produce humanidad, al producir saber, poder y subjetividad**

Más allá de las intenciones y objetivos que, bajo determinadas condiciones históricas, llevaron a valerse de la categoría de *trabajo* para denominar a esta profesión precisamente *Trabajo Social*, interesa pensar aquí que la vitalidad humana, la vida humana, se expresa como tal en el trabajo y que ese trabajo es siem-

---

<sup>4</sup> Se trata del proyecto “La producción del conocimiento en el Trabajo Social”, UBACyT (2004-2007) S057, llevada a cabo en la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA por un equipo de investigación conformado por estudiantes y graduados de Trabajo Social y Filosofía, bajo mi dirección.

pre un *trabajo vivo* que produce esa vida humana como tal; un trabajo que siempre es social, colectivo (nadie es humano sólo, totalmente aislado de los demás).

Es que *la producción* está a la base de la vida, y la vida biológica se construye como humana a través de la fuerza de trabajo de los seres humanos. La puesta en acción *cooperativa* del “conjunto de las condiciones físicas y espirituales que se dan en la corporeidad”<sup>5</sup> produce humanidad (claro que la producen con características diferentes en los distintos modos de producción socio-históricos).

Es que la *humanidad* no es otra que la que en cada momento se constituye en la vinculación de cuerpos *capaces de hacer y pensar*; de cuerpos con *logos*, esto es, con palabra, con lenguaje, y que porque disponen de *logos*, son capaces de narrar el hacer y a la vez actuar narrativamente. Desde esta perspectiva, hay entonces humanidad cuando los cuerpos narran lo que hacen, al mismo tiempo que hacen –actúan– sus narraciones. Los movimientos de nuestros cuerpos son significativos porque están incluidos en una narración y son significativos para esos cuerpos. Y siempre narramos algo a alguien, y también para nosotros mismos.

Si nuestros movimientos son narrados digamos como “Fulano es bueno” o bien como “se hace el bueno”, en el primer caso, le damos una identidad que quizá se confunda con el neologismo cotidiano de “buenudo”; en cambio, en el segundo caso, se presenta su comportamiento en relación con su actuación en una interacción en particular, donde Fulano sólo escenifica su bondad y a la vez se alude a que en general su comportamiento no puede caracterizarse así. Narrar la acción, estos movimientos corporales, de una u otra forma, da cierta significación que es comprensible para todos los narradores/narrados y sus interlocutores (quienes forman parte directa o indirectamente de la narración y que a su vez en ellas son narradores/narrados). Es siempre una narración compartida entre narradores y narrados (sin que sea fácil deslindar a unos de otros, ya que si bien la división social del trabajo parece distribuir a unos y otros en estos papeles diferenciados y jerarquizados; quienes son nombrados como narradores, también son narrados, así como por su parte los narrados a su vez tiempo son a su manera narradores).

Resulta entonces que *somos esa humanidad en construcción que nuestros cuerpos van produciendo, narrándonos nuestro hacer y actuando nuestras narraciones (nuestras por ser cooperativamente narradas)*.<sup>6</sup>

---

<sup>5</sup> MARX, K., *El capital. Crítica de la Economía Política*, México, FCE, 1973, tomo I, p. 121.

<sup>6</sup> Para aquellos que les resulte extraño el uso que hago aquí del verbo “narrar” y “narración” con sus derivados y también sinónimos, debo aclarar que me doy cuenta que va contra corriente. Después del llamado giro lingüístico, algunas de las teorías contemporáneas recomiendan la utilización de otros términos (por ejemplo, significar, simbolizar, enunciar, también representar –sin suposiciones especulares–, o bien, significante, discurso, enunciado, etc.), además de retomar viejas distinciones presentes ya desde la antigüedad. Ocurre que intento pensar a partir de las *prácticas sociales*, y si en éstas se produce la vida humana y si esa producción se desarrolla en el entramado de *saberes y poderes*, que incorporados en los cuerpos conforman

La producción humana se concreta históricamente en *prácticas sociales*. En *prácticas* que se caracterizan por un accionar colectivo que supone un *saber hacer* compartido que tiene la capacidad, el *poder*, de disponer las cosas, los asuntos, productivamente, y que también producen a los sujetos, a sus practicantes, induciendo en los cuerpos una *subjetividad* entramada con ese saber-poder. Hay un saber en la práctica del Trabajo Social,<sup>7</sup> un *saber hacer* cuya verdad se sustenta en ciertas relaciones de fuerzas, de *poder*, hacia dentro y hacia fuera del campo profesional, que a su vez conforma cierta subjetividad propia de las y los trabajadores sociales. Pero téngase en cuenta que no estoy reponiendo aquí la idea de práctica del Trabajo Social por reducción a un hacer. Toda ciencia es una práctica social, esté reconocida en la división social del trabajo como teórica o práctica (i.e., ciencia pura, aplicada o tecnología); más aún, podemos definir a la *ciencia* como la *práctica encargada de la producción social del conocimiento*.<sup>8</sup>

Pero en las sociedades capitalistas, la producción acostumbra a narrarse en relación con los productos-mercancía que se generan en el proceso productivo. En cambio, aquí se trata de pensar (de construir una narración fructífera sobre) la producción como un proceso que excede la producción de productos intercambiables, para ser una producción que implica la humana construcción de saber, poder y subjetividad.

---

*subjetividades*, entonces el lenguaje no me parece que ya pueda entenderse sobre el trasfondo de dicotomías hoy cuestionables, como son precisamente las de pensamiento (*lógos*) y acción, teoría y práctica, y en última instancia, alma y cuerpo. En este sentido, me parece que el término *narrar* nos hace comprender reunido lo pensado habitualmente separado, ahorrándonos los ingentes esfuerzos que hacen falta para dar cuenta de su conexión después de haberlos desconectado. El uso de este término remite a través de sus connotaciones a que no sólo hay alguien que narra algo a alguien, sino que ese *algo* narrado, por ser narrado, da significatividad a los movimientos de los cuerpos, los inscribe en significaciones sociales, que se comunican, que son compartidas. Llevando al extremo la cuestión, podría decirse que no hay acción humana sin lenguaje, esto es, sin algún tipo de narración que la haga humana. El vocablo *narrar* connota la acción de narrar y las acciones que trascurren en el relato. Pero también, complementaria y reversiblemente remite a la capacidad de narrar y a la de escuchar (en el sentido de identificar alguna significación en el relato). Además, si en las prácticas concretas, lo narrado tiene pertinencia al contexto de la práctica en que se narra, quedan vinculados el narrar y lo narrado, y por ende, hay una remisión mutua entre lo narrado y los narradores-oyentes, que lleva a pensarlos como *narrados* de alguna manera en el relato. La significatividad de lo narrado depende de la escena en que se narra, quedando entrelazada con la significatividad de esta última (en principio, siempre también narrable). Un paso más y podemos decir que las referencias recíprocas del relato a la acción de narrar teje a la vida humana en un orden simbólico, y así es pensable que las acciones son significativas: forman parte del mundo humano en tanto son narradas y narrables, así como por ser significativas, de alguna manera se actúa narrativamente. En la narración, los movimientos corporales se presentan enlazados y articulados en una dirección, con un sentido, sujetados a una red de significaciones. Pero el uso del vocablo *narrar* entiendo que no determina una concepción particular de temporalidad que acompañaría necesariamente al narrar, así como tampoco especifica una modalidad de articulación. El campo de posibilidades del narrar se abre en modalidades diversas de dar significatividad al accionar humano, con articulaciones y temporalidades diferentes, aunque siempre inmanentes a prácticas socio-históricas. Hay narraciones con pretensiones totalizantes y otras fragmentarias y fragmentadas, algunas se yuxtaponen, mientras unas se asocian, otras se repelen, pueden coexistir aun contradiciéndose, pero cualquiera sea su relación, sus condiciones de posibilidad se definen en las prácticas en que se generan. La posibilidad de discusión de las narraciones y su posible valor de verdad dependerían así de las prácticas. Finalmente, recuerdo que estoy tratando de poner a prueba la productividad de un concepto, y en consecuencia no pretendo establecer una prioridad ontológica, sino sólo tender el concepto para seguir sus derivas, atendiendo a la diferencia que podría establecer en comparación con el uso de otros conceptos, una diferencia que en principio se busca por el lado de recomponer el entretejido de la acción humana.

<sup>7</sup> Si no hubiera tal saber, ¿qué sentido tendría recibir una formación universitaria que de una habilitación social para el ejercicio profesional?

<sup>8</sup> Cf. HELER, M., *Ciencia Incierta. La producción social del conocimiento*, Bs. As., Biblos, 2004.

Se trata de una producción que opera sobre sí misma abriendo nuevas posibilidades de producción. Al operar sobre sí misma, la producción es *creación cooperativa, móvil, inestable e imprevisible* de saber, poder y subjetividad, de humanidad. Es producir para la producción, para el florecimiento de la práctica, esto es, para que la producción prosiga, para que siga floreciendo.

Pero en los diferentes modos históricos de producción se ha logrado *inmovilizar, estabilizar*, imponer cierta *irreversibilidad y hacer previsible* el desempeño general de las fuerzas productivas de la sociedad, *coordinando y gestionando* la cooperación de tal manera de tutelar el proceso y asegurar así la permanencia, la autoconservación, del modo predominante de producción de cada momento (y ello no deja de ocurrir hasta cuando se valora la innovación y el cambio como en nuestra actualidad). Se dan entonces las condiciones para establecer la *dominación*, la imposición de una orientación a la producción que como la vara que tutela la planta, fija un rumbo a su florecimiento, a su crecimiento. Pero la coacción debe mantener activa la producción que trata de dominar, y entonces debe lidiar con las *resistencias* que desde la misma producción puján por seguir su propia dirección de crecimiento y contra la impuesta por la dominación ya establecida (nunca de una vez y para siempre).

Es cierto que en nuestra actualidad, la dominación señala tendencias diferentes a las de ayer. Pero no deja de buscar el incremento del capital a nivel *global*, abarcando todo el planeta, con predominio del *capital financiero* y sobre la base del conocimiento y la información, digitalmente almacenados y procesados. La fábrica se ha convertido en la *empresa* automatizada e informatizada que pretende poseer *un alma*;<sup>9</sup> que contrata *servicios* más que obreros o empleados; en tanto que la fuerza de trabajo más requerida ya no es la capaz de realizar un *trabajo material*, mecánico, rutinario y fragmentario, sino que, por el contrario, se demanda un *trabajo inmaterial* que compromete todas las capacidades humanas para el aumento, mejoramiento, diversificación y calibramiento de la producción, aunque bajo condiciones de flexibilización y precarización laboral.

La tendencia hacia el trabajo inmaterial supone ahora atender al *capital social*<sup>10</sup> de las empresas (pero como todo capital no cesa de buscar su propio incremento cuantificable), mientras el *conocimiento* pasa a

---

<sup>9</sup> Cf. DELEUZE, G., "Posdata sobre las sociedades de control", en FERRER, Christian (Comp.) *El lenguaje literario*, Tº 2, Ed. Nordan, Montevideo, 1991.

<sup>10</sup> Pierre Bourdieu, llama "capital social" al "conjunto de los recursos actuales o potenciales que están ligados a la posesión de una *red durable de relaciones* más o menos institucionalizadas de interconocimiento y de interreconocimiento; o, en otros términos a la pertenencia a un grupo, como conjunto de agentes que no sólo están dotados de propiedades comunes (susceptibles de ser percibidas por el observador, por los otros o por ellos mismos), sino que también están unidos por lazos permanentes y útiles" (BOURDIEU, P., "Le capital social", en *Actes de la Recherche en Sciences sociales* Nº 30, París, 1979, p. 2). El concepto también es usado hoy en las ciencias de la administración; por ejemplo, "es un stock de conexiones activas entre la gente: confianza, entendimiento mutuo, valores compartidos y comportamientos que ligan a los miembros de una comunidad, haciendo posible la acción cooperativa. Es la aptitud de la sociedad para concretar alianzas o llegar a acuerdos e instrumentalizarlos,

ser el motor principal de la valorización del capital, y la *perspectiva del consumidor* se impone como la perspectiva privilegiada (aunque sea el consumo suntuario de unos frente al consumo chatarra de los más).

Es así que en la actual *sociedad del conocimiento*, la perspectiva del consumidor parece tender a subsumir toda la realidad, y nos actúa, nos narra. Pero toda su red de significaciones se teje bajo una suposición oculta: la *producción*. La automatización e informatización de la producción material del capitalismo actual no implica la inexistencia de productores, de fuerza humana de trabajo productora de bienes de consumo.<sup>11</sup> Ya no es necesario el operario de *Tiempos Modernos* de Charles Chaplin: un operario de *escasas luces*, obediente y capaz de repetir rápida y eficazmente los mismos movimientos en la línea de montaje. Ahora se demanda otro tipo de trabajador: un trabajador que sepa poner toda su humanidad al servicio de la valorización del capital. Una fuerza de trabajo que abarca a todas las capacidades humanas, las corporales pero también las intelectuales, las lingüísticas-comunicativas, las afectivas. Y así entendida, la producción que la fuerza de trabajo humana produce se objetiva en sofisticados dispositivos y maquinarias propios de la actual *producción material e inmaterial* de la sociedad. Sin embargo, la perspectiva del consumidor nos interpela básicamente como consumidores, pretendiendo que no nos narremos como productores y provocando el encubrimiento de que somos productores y que *la producción humana hace humanos a los seres humanos*.

### **1. El Trabajo Social es un *trabajo profesional*, y siendo *trabajo inmaterial*, produce saber, poder y subjetividad.**

Puede interpretarse que el proceso de profesionalización del Trabajo Social se inscribe en una narración que, hacia dentro del campo, promete una autodeterminación en proceso de construcción. Pero por otro lado y al mismo tiempo, estableció una dominación que tutela el desarrollo profesional orientándolo hacia el cumplimiento de tareas paliativas de control social.<sup>12</sup> Ya desde el lugar asignado en la división social del trabajo, en correspondencia con la separación entre trabajo manual e intelectual, el Trabajo Social pa-

---

esto es, asociarse en redes comunitarias transversales, no jerárquicas, pluralistas, en constante persecución del bien común, amalgamando incluso distintos niveles sociales en la misma institución o emprendimiento”, GONZALEZ GARCÍA, LÓPEZ MATO y SILVESTRE, *Responsabilidad Social Empresaria*, Buenos Aires, IDEA (Instituto para el Desarrollo Empresarial de la Argentina), 2003, p. 57.

<sup>11</sup> La producción de los productores está incorporada en las máquinas y forma parte del “*Generall Intelect*” (Cf. VIRNO, P., VIRNO, P., *Gramática de la multitud. Para un análisis de la forma de vida contemporánea*. Buenos Aires, Colihue, 2003). Incluso en la narración que llama a las sociedades actuales como sociedades del conocimiento es necesario productores que registren, gestionen y evalúen los conocimientos que también han de ser producidos o al menos reproducidos (Cf., por ejemplo, RIFKIN, J., *La era del acceso. La revolución de la nueva economía*, Bs. As., Paidós, 2000).

<sup>12</sup> Cf. por ejemplo COLECTIVO IOÉ, “Desigualdad e integración social. Dispositivos de regulación y «determinación política» de las necesidades” y ÁLVAREZ-URÍA, F., “En torno a la crisis de los modelos de intervención social”, ambos en VVAA, *Desigualdad y pobreza hoy*, Madrid, Talasa, 1995

rece asemejarse por la carencia (si se sigue insistiendo en hablar con este término)<sup>13</sup> con aquellos con quienes tiene que trabajar, aunque en realidad sean carencias de distinto tipo. A sus *tareas* parecen faltar características que permitirían su reconocimiento pleno como un *trabajo intelectual*, precisamente porque sus tareas son narradas como un *hacer*. Sin embargo, posee una de las características fundamentales del trabajo intelectual en las sociedades capitalistas: está integrado en las funciones de organización y de dirección del Estado (el Estado como asegurador del orden establecido), en las funciones organizativas de las que están separados y excluidos los encargados del trabajo manual.<sup>14</sup> Es que la división del trabajo, y la consecuente separación entre trabajo manual e intelectual, se reitera dentro del Estado, y ubica al Trabajo Social en una posición subalterna.

Las *estrategias para el mejor posicionamiento de la profesión* quedaron así atadas a las luchas por los lugares jerárquicos dentro del funcionariado del Estado.<sup>15</sup> En tanto en esas luchas por el posicionamiento, se esgrime como arma la calidad de experto científico de las profesiones involucradas, el Trabajo Social ha tenido que desplegar estrategias orientadas al logro del *reconocimiento de la científicidad* de su quehacer específico. El mismo problema que nos ocupa, la producción del conocimiento en el Trabajo Social, se inscribe en estas estrategias del campo profesional por obtener su acreditación como una actividad con un aceptable carácter científico. Y si son estrategias adecuadas *en el corto plazo*, no deberían ocultar la necesidad de revisar críticamente el trasfondo sobre el que adquieren sentido, con el objetivo de idear estrategias para *el largo plazo*, que precisamente no repongan a la profesión frente a encrucijadas parecidas e igualmente frustrantes, en un futuro más o menos próximo; y que son frustrantes porque ni transforman los conflictos ni remiendan la significatividad de la práctica del Trabajo Social.

En este sentido, la aproximación al carácter científico exige el acomodamiento del quehacer del Trabajo Social a la definición dominante de ciencia. Pero con tal acomodamiento no se puede ir muy lejos. El Tra-

---

<sup>13</sup> Cf. HELER, M. y GALLEGO, F. M., *La necesidad de las necesidades. La categoría de necesidades en las investigaciones e intervenciones sociales*, de próxima aparición.

<sup>14</sup> Cf. POULANTZAS, N., *Estado, poder y socialismo*, México, Siglo XXI, 1979, pp. 59-69.

<sup>15</sup> “La apropiación de la ciencia por el capital se efectúa, ciertamente, en la fábrica, pero también por el Estado. Este Estado tiene de particular que tiende a incorporar la ciencia misma en la organización de su discurso, cosa evidente en la actualidad. No se trata de una simple instrumentalización de la ciencia y de su manipulación al servicio del capital. El Estado capitalista regimenta la producción de la ciencia, que se convierte así en una *ciencia del Estado* imbricada, en su textura intrínseca, en los mecanismos del poder. Esto sucede, como es sabido, no sólo con las llamadas «ciencias humanas». De manera más general, este Estado cuadrícula el trabajo intelectual mediante una serie de circuitos y de redes, gracias a los cuales ha reemplazado a la Iglesia, sometiendo y estipendiando al *cuerpo de intelectuales-sapientes*, el cual no existía en la época medieval más que de forma proteiforme. Los intelectuales, como cuerpo especializado y profesionalizado, han sido constituidos en su funcionarización-mercenarización por el Estado moderno. Estos intelectuales, portadores de saber-ciencia se han convertido (universidades, institutos, academias, diversas sociedades científicas) en funcionarios del Estado, por el mismo mecanismo que convirtió en intelectuales a los funcionarios de este Estado.” Tengamos además en cuenta que “Todo esto, por lo demás, no hace más que reforzarse actualmente bajo las formas particulares de la relación ideología-saber-ciencia, que implica la transformación de la ideología jurídico-política en ideología tecnocrática.” POULANTZAS, *Ibíd.*, p. 63 (la versión original es de 1978).

bajo Social como subcampo de las ciencias sociales no puede dejar de quedar narrado bajo la valoración negativa de la falta de cientificidad que se atribuye a las ciencias sociales, ya que su objeto de estudio e intervención, los seres humanos, se resisten –por suerte– a doblarse a la capacidad de predicción de los conocimientos que se califican de científicos conforme a la definición dominante de ciencia. La indeterminación del comportamiento humano no se compatibiliza fácilmente con el conocimiento predictivo y *determinista* requerido.<sup>16</sup>

Al respecto señala Enzo Rullani que con la modernidad se impone un concepto reductivo de razón (de un *logos*; aquí debería decir “en su narración se impone...”):

El conocimiento se ha puesto al servicio de la producción [capitalista] en tanto que *conocimiento determinista*, cuya tarea es la de controlar a la naturaleza a través de la técnica y a los hombres a través de la jerarquía. Los resultados, en términos de ventajas prácticas, han sido notables –aumento de productividad y de los ingresos–, pero ello al precio de *la pérdida de la fuerza liberadora* de una razón que, tras estar plegada a antiguas servidumbres, parecía preparada para imaginar, sentir, comunicar más allá de los límites del utilitarismo. Reduciendo *el conocimiento a un simple modo de cálculo y de control técnico*, la modernización ha reprimido la variedad, la variabilidad, y la indeterminación del mundo, para conformarlo a las exigencias de la producción. En otros términos, la modernidad ha reducido de manera forzosa la complejidad –variedad, variabilidad, indeterminación– del entono natural, del organismo biológico, del espíritu pensante y de la cultura social, a las dimensiones toleradas por la fábrica industrial. Es decir, a muy poco o nada.<sup>17</sup>

Resulta entonces que *las estrategias de posicionamiento* que buscan el reconocimiento del carácter científico del Trabajo Social, *en el largo plazo*, no pueden alejarlo del destino que en las sociedades capitalistas le demanda convertirse en una *ingeniería social*,<sup>18</sup> y por la tanto somete a la profesión al ejercicio de un control social que desconoce y oculta las potencialidades productivas de su quehacer con los actores sociales con quienes trabaja (potencialidades tanto de los trabajadores sociales como de los actores sociales).

Aun cuando parece clausurarse en un dominio global, flexible y difuso, pero de incontenible pregnancia, nuestra actualidad resignifica el trabajo intelectual a través de la idea de un *trabajo inmaterial*, brindando un concepto que podría explicitar el quehacer del Trabajo Social desde otra óptica, en otra narración, al remitir a un trabajo de carácter intelectual, comunicativo y también afectivo, más cercano a la experiencia cotidiana de las y los trabajadores sociales, y capaz de potenciar la producción cooperativa que puede desarrollar el Trabajo Social. Además, podría brindar elementos para elucidar las actuales intervenciones y para encontrar caminos que conduzcan a concretar una producción *con* la gente, una producción cooperativa de saber, poder y subjetividad que transforme algo al menos los conflictos y falta de significa-

<sup>16</sup> Cf. HELER, M., *Ciencia Incierta. La producción social del conocimiento*, Bs. As., Biblos, 2004.

<sup>17</sup> RULLANI, Enzo, “El capitalismo cognitivo ¿un déjà-vu?”, en VVAA, *Capitalismo cognitivo, propiedad intelectual y creación colectiva*, Madrid, Traficantes de sueños, 2004, pp. 100-101.

<sup>18</sup> Cf. HELER, M. (ed.), *Filosofía social & Trabajo Social, Elucidación de una profesión*, Bs. As., Biblos, 2002, capítulos VI y VIII.



tividad de la práctica profesional y al mismo tiempo, la vida de las personas con las que el Trabajo Social trabaja.

Claro que se trata sólo de una posibilidad que sólo las y los trabajadores pueden concretar en sus luchas, en tanto puedan hacer algo *a partir* de ideas que abran nuevas sendas; y decir “a partir” no implica que haya que hacer algo *con* ellas, por ejemplo, con las que aquí expongo, sino comprometerse en una búsqueda de una narración liberadora, al eludir las que reponen en las mismas encrucijadas bien señalizadas para que nada cambie. Pero esta búsqueda de los propios modos de narrar y narrarse no supone para nada el todo vale. Por el contrario, no todo vale cuando rechazamos la imposición de modelos importados. Al atenernos a la propia producción del Trabajo Social, las exigencias internas de esa producción requieren efectivizar el *trabajo del concepto*,<sup>19</sup> y que en la terminología aquí propuesta, implica el producir una nueva narración, por tanto, el trabajar por ella rompiendo con lo establecido y acostumbrado. Y ese trabajo del concepto es incómodo, porque si se trata de *hacer algo* con los conceptos, el esfuerzo se hace penoso, nos hace nadar contra la corriente, nos obliga a comprometernos en un proceso –siempre con los otros, en cooperación, operando juntos– de desobjetivación y subjetivación doloroso, pero que abre las posibilidades de nuevas producciones, de nuevas narraciones con diferentes narradores-narrados.

## **2. No es entonces que el Trabajo Social no produzca conocimiento (ni en cantidad ni en calidad), sino que el saber efectivamente producido *no acredita* como conocimiento.**

La posibilidad sin garantías de una producción cooperativa en el trabajo de las y los trabajadores sociales no puede ser ajena a la tensión existente en nuestra cotidianidad entre esta producción y la acreditación. Una acreditación social que para efectivizarse exige el acomodamiento –aunque sea ficticio, sólo en apariencia– a ciertos requisitos ajenos a la producción pero que se imponen como condición necesaria de su existencia en el mundo social.<sup>20</sup>

Es que en nuestra actualidad parece dominar una *perspectiva*, una perspectiva que podemos denominar *del consumidor*.

Desde la perspectiva del consumidor, nos narramos como individuos, como individuos que nos caracterizamos por ser *insociablemente sociables* o si quieren, *sociablemente insociables*. Necesitamos a los otros, necesitamos vivir en sociedad, pero nos resulta muy difícil hacerlo. Y necesitamos a los otros porque nos pensamos y nos vivimos como individuos *carenciados*, como individuos necesitados de cosas para poder seguir viviendo, cosas que no poseemos. El otro se visualiza así como el poseedor de lo que

---

<sup>19</sup> Tal como reclamaba en la conferencia de Teresa Matus en estas Jornadas, aunque claro está que este reclamo responde a otra tradición conceptual que distingue tajantemente entre sí el concepto de las narraciones.

<sup>20</sup> Cf. HELER, M., “Entre la producción y la acreditación”, en *Cuadernos del Sur-Filosofía*, Neuquén, 2005

necesito y no tengo. Se nos manifiesta como *proveedor* de los bienes capaces de satisfacer mis necesidades, el otro es aquel que puede intercambiar aquello que no necesita y yo necesito, por algo que sí necesita y que yo poseo (por ejemplo, si sólo tengo la “pobreza social”, la ofrezco para intercambiar con lo que tienen para ofrecer las políticas sociales y los trabajadores sociales).

La *perspectiva del consumidor* se concentra en los *productos* que brindan la satisfacción de las necesidades. Su preocupación es *asegurar* que esos productos estén disponibles cuando haga falta darles satisfacción. Por ello debe preocuparse que el *intercambio* opere sin más restricción que las necesarias para que ese intercambio sea *de equivalentes*. Pero también le interesa que esos productos tengan la *calidad* adecuada para lograr la satisfacción.

Desde la mirada del consumidor inquieta la disponibilidad de los bienes en el mercado, no la producción de esos bienes. Interesa la provisión de esos bienes, y su calidad, que esos bienes sean lo que dicen ser. Pero si bien se da por descontado que los consumidores saben qué es lo que los satisface, deben atenerse a lo que es ofrecido en el mercado. Entonces interesa que la disponibilidad de los bienes se efectivice, lo que quiere decir que es necesario un *orden* que asegure el consumo, que se garantice un orden donde esos productos circulen y sean accesibles al consumo. Reclama entonces *previsibilidad* –incluso para arriesgarse a nuevos consumos. *Seguridad y previsibilidad* van unidas ante la mirada del consumidor

Ya en el siglo XVIII, se imaginó la posibilidad de que existiera un ser más poderoso que los hombres, un genio –llamado “genio” o “demonio de Laplace”, en el apellido de su inventor–, que fuera capaz de conocer todos los factores involucrados en una situación y en un cierto momento. Gracias a esa información completa a la que podría acceder (imposible para los humanos que siempre nos manejamos con información incompleta), y aplicando las leyes de la física newtoniana, podría *predecir* todo lo que iba a ocurrir y *retrodecir* todo lo que había ocurrido hasta el presente. La fantasía del genio de Laplace se basa en el *determinismo*: en un mundo totalmente determinado por leyes causales, donde todo puede ser explicado por las causas antecedentes.

La *previsibilidad total* tiene el encanto de no dejar lugar al peligro del azaroso transcurrir temporal de la producción, con sus cambios e imprevistos. Para el consumidor, el ideal consiste en establecer un orden en el mundo que excluya al máximo posible el azar, lo inesperado, del circuito del consumo, para *asegurar* su satisfacción.

Claro que para el mundo humano (incluso antes de los desarrollos de la física cuántica) esa previsibilidad es irrealizable. Pero no por ello el consumidor renuncia al ideal de una previsibilidad total, aunque deba conformarse con la mayor posible. Se trata entonces de alcanzar un nivel de *eficiencia* que logre, con

el menor costo y el mayor beneficio, *el control y el dominio* de la vida social que dé *seguridad al consumo* continuo y sin más imprevistos que los aún absolutamente inevitables.

Los *expertos* vienen a reemplazar al genio de Laplace, en los límites de lo humano, en nuestra narración actual. Ellos sabrán cómo ordenar las relaciones sociales y la vida personal para dar seguridad al consumo. Proveerán las pautas para que los seres humanos puedan *coordinar las acciones*, co-ordenar, poner orden en conjunto (en una sociedad que pregona la igualdad y libertad de todos) y hacer responsable a cada uno de su capacidad de consumo. Los expertos proveen la *previsibilidad* del consumo, que brindaría la *seguridad*, y de ellos dependeremos tanto para el cuidado de la salud como para el diseño de políticas sociales. Son los expertos con su saber especializado, científico, quienes harán previsible un desarrollo autosostenible, generando los indicadores para evaluar en cualquier momento, mediante cuantificaciones, el control y el dominio eficiente de los circuitos del consumo.

Hoy parece no hacer falta ya la uniformización y homogeneización del consumo y de los comportamientos sociales. Por el contrario, la diversificación del consumo y la permanente innovación en las ofertas para el consumo, junto con la fabricación artificial de necesidades, seduce y tiende a convertirnos a todos en consumidores; aunque no todos con el mismo poder de consumo, e incluso algunos con ninguno, lo cual también es parte del orden y la previsibilidad del consumo *ordenado* (de ahí el equívoco de hablar de la *inserción o integración* como objetivo de las intervenciones del Trabajo Social, ya que los consumidores sin capacidad de consumo no son producto de la nada ni de ellos mismos, sino que están insertos e integrados en el orden social como tales, pues la narración predominante los narra como la parte que no cuenta a la hora de distribución de la producción social).<sup>21</sup>

Desde mediados del siglo XX, la sociedad disciplinaria se desdibuja para dar lugar a un *control social* a través de modulaciones flexibles que nos mantienen sintonizados con una misma onda que, como la radial, atraviesa las paredes y los conflictos, sustituyéndolos por opciones de consumo de onda. Pero no sólo opciones de consumo de bienes materiales. También, de formas de vida, de técnicas de resolución de conflictos, de terapias y cirugías, de recetas rápidas y eficientes para la solución de todos los problemas. El consumidor elige, da su libre consentimiento a cada consumo. Pero *elige para asegurar la continuidad de su consumo*.

En el mercado, el consumidor quiere encontrar opciones que aseguren recorrer el buen camino: un camino recto de consumo, un camino único pese a su multiplicidad, donde las encrucijadas estén bien señalizadas, donde las sendas elegidas llevan de un consumo al siguiente, y así sucesivamente, en un incre-

---

<sup>21</sup> Cf. RANCIÈRE, J., *El desacuerdo. Política y filosofía*, Bs. As., Nueva Visión, 1996

mento incesante del consumo mismo, nunca totalmente satisfecho. En la perspectiva del consumidor, por consiguiente, *el consumo ha de ser cómodo y seguro*.

Pero la meta de comodidad y seguridad supone que se haga necesario *el control del consumo*. Se deben realizar *controles de calidad* por doquier, de todos los objetos para el consumo, desde los productos en las góndolas hasta las calificaciones y desempeños de profesionales y funcionarios. *Todo debe ser acreditado*: debe tener explícitamente reconocido su crédito –por autoridad competente, por expertos–, para que haya seguridad de que las opciones de consumo sean lo que dicen ser.<sup>22</sup> Aunque la acreditación que requiere el control de calidad derive en la consideración exclusiva de los aspectos cuantificables, y parezca reducir la cuestión a la búsqueda de “*indicadores*” *capaces de medir lo cualitativo*, estableciendo equivalencias para el intercambio consumista. Entonces, se deciden candidatos políticos por las encuestas, se evalúa una política social por el grado porcentual de cumplimiento de sus objetivos, se califica a un académico por la cantidad de *papers* que haya publicado, en tanto que de los funcionarios se contabiliza la cantidad de conflictos que ha sabido eludir. La calidad parece convertirse así en cantidad (y la demanda política en problemas de la “población en riesgo”).<sup>23</sup>

En esta narración, bajo el predominio de la perspectiva del consumidor, el Trabajo Social debe lidiar con su papel de experto a la vez que con la acreditación de su saber, de tal manera que logre posicionarse al campo profesional con un mayor grado de *autonomía*, esto es, con el poder de refractar, de retraducir, las demandas externas a la lógica inmanente de su propia producción posible,<sup>24</sup> y que es necesaria para transformar los conflictos y dar significatividad a sus prácticas.

Pero la acreditación es otorgada por instituciones que nada les preocupa la productividad del Trabajo Social, y que dan crédito únicamente a productos demandados (conforme a la narración oficial, es decir, hegemónica). Más aún, se oponen al otorgamiento de una mayor autonomía a un campo bajo la suposición de que el enriquecimiento –en este caso, en la significatividad de la práctica– de uno de los campos se realiza a expensas de los otros. Pero además, y más grave, porque este enriquecimiento altera el equilibrio de fuerzas sobre el que se reproduce la dominación social.

---

<sup>22</sup> Cf. HELER, M., “Entre la producción y la acreditación”, ob. cit.

<sup>23</sup> Recordemos que la diferencia entre “peligro” y “riesgo” es precisamente que este último es un peligro medible.

<sup>24</sup> La *autonomía* de un campo se define, según Pierre Bourdieu, por “la capacidad de refractar, retraduciéndolas en una forma específica, las coacciones o las demandas externas” al campo, y “a la inversa, la *heteronomía* de un campo se manifiesta esencialmente en el hecho de que los problemas exteriores, en especial los políticos se expresan directamente en él”. BOURDIEU, P. *Los usos sociales de la ciencia*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2000, pp. 75-76. La autonomía implica que la dinámica del campo se determina por su propia lógica, y por lo tanto entre sus miembros. Ello no quiere decir que se separe totalmente del resto de la sociedad, si no que tiene el poder de definir la forma de responder a las demandas externas, de la sociedad.

<sup>24</sup> *Ibid.*, p. 18-19.

En consecuencia, las estrategias de posicionamiento necesitan convertirse en *luchas ético-políticas*, que no busquen una autonomía privativa del campo, sino la potenciación de una producción de humanidad no encorsetada en los modos de producción vigentes, una producción que asuma el logro y la no previsibilidad de narrarnos en un hacer consecuente con los principios de igualdad y libertad para todos.

Pero recordemos que, como quería Spinoza, no se puede predecir lo que los cuerpos pueden y tampoco puede predecirse qué podrá *el Trabajo Social*. Tampoco existen por ende *garantías* ni *seguridades*. Pero quizá en el proceso mismo de poner a prueba las potencialidades del Trabajo Social encontremos la significatividad buscada. Para ello, se trata de realizar el trabajo (incómodo y penoso, contra corriente) de cambiar la perspectiva en que narramos y somos narrados, para asumir la *perspectiva del productor*, para no ser pensados y actuados, sino para pensarnos y actuar como narradores-narrados de nuestra producción con los otros.